

EL RUISEÑOR.

Novela escrita en francés

POR MIGUEL AUBRAY

y traducida

por Don M. M. de Z.

(CON LICENCIA.)

SEVILLA.

Imp. y de los Sres. D. A. Izquierdo y sob.º,
Francos, nums. 60 y 62.

1881.

Reg. n.º

1.292 (b)

I.

Cuando se entra en el Gran Ducado de Baden por el camino antiguo de Basilea, se descubre sobre la izquierda un extenso bosque, por cima del cual se elevan las ruinas de un pueblo, que se llamaba Wittelsdorf en el tiempo de su prosperidad. El castillo feudal dominaba un valle delicioso, que los árboles de la selva ocultaban à las miradas de los viajeros. En el fondo de este valle corre un torrente, que mueve las ruedas de algunos molinos, pasa por debajo de un puente, que està ruinoso y riega los prados y los jardines. A uno y otro lado del torrente se estienden algunas colinas cubiertas de aldeas, casas de campo y bosques de árboles frutales; y despues terminando el horizonte grandes plantíos de alerces y rocas de basalto.

A la orilla de la selva no muy distante del torrente existía una habitacion rústica rodeada de un terreno cultivado y de un jardin. Era la mansion del guarda forestal Conrado Schulz uno de los individuos mas notables del

sas. Su padre habia prometido su mano al hijo de un rico vecino, que además de sus bienes tenia buenas cualidades y un excelente carácter, aunque su presencia no era graciosa. Pero su fealdad no chocaba, y Julia tenia mucha simpatía por este jóven, que se llamaba Francisco Honeck, y á quien ella conocia desde su infancia.

Ignoraba, sin embargo, los proyectos de su padre, porque Conrado nada le habia dicho, queriendo, que ella se decidiese libremente. Como el guarda y su futuro yerno tenian poco mas ó menos las mismas inclinaciones, salian á cazar juntos y las dos familias se reunian frecuentemente. Por la tarde la señora Honeck madre de Francisco y Julia iban á recibir á los cazadores, y todos cuatro volvian á la casa del guarda. Conrado y su hija tocaba y cantaban; la madre de Francisco aplaudia, Francisco estaba conmovido y la buena Gertrudis lloraba de ternura. En todo el Ducado de Baden no habia gentes mas felices que estas, cuando un dia, al principio de Mayo, un accidente imprevisto vino á turbar la paz de estos corazones y á romper la buena armonia, que de estas dos familias no hacia mas que una.

Aquel dia habia ido Conrado á la aldea de Wittelsdorf. Gertrudis trabajaba en el jardin, y Julia estaba sola en la casa. La mañana era hermosísima, y de la selva se escapaban mil voces alegres, porque todos los cantores alados saludaban á su Criador con el himno matinal.

Julia atraida por estas rústicas melodías

habia querido tomar parte en este ruidoso concierto y se habia sentado al piano. El instrumento estaba colocádo entre dos ventanas enteramente abiertas, de forma que la jóven podia, mientras tocaba, tener fija la vista en el campo lleno entonces de luz, de ruido, de movimiento y de vida. Una brisa templada llevaba hasta ella el aroma penetrante de las lilas y las madreselvas y hasta las gotas de rocío; se oían pasar las carretas de los labradores, se veían saltar los capritillos, y los bueyes tendidos á la vera del torrente parecia que meditaban, rumiando, el curso del agua.

Julia, que examinaba esta escena, impresionada alegremente, procuraba imitar en el piano sus impresiones. En aquel dia su talento músico se manifestaba de un modo prodigioso, y no se podia oír su música sin conmoverse, porque salía del corazon é iba al corazon directamente. De pronto se interrumpió la jóven, y sus mejillas se cubrieron de un encarnado subido. A dos pasos de la casa y bajo los árboles se oían exclamaciones y palmadas. Ella se levantó, se acercó á una ventana y distinguió ocho ó diez personas que aplaudían á cual más. Por un movimiento maquinal se retiró hácia el fondo de la habitacion, mientras que un hombre de edad se separaba del grupo y entraba en la casa gravemente.

Este hombre saludó á Julia con política; pero con cierto aire de condescendencia, y trató de excusar á las personas con quienes venia.

—Debíamos—dijo— habernos contentado con aplaudir silenciosamente: pero estas jóvenes aturdidas no han podido contenerse, y han expresado su admiracion de un modo tan ruidoso, que os han impedido seguir.

Julia sobrecogida y cortada nada respondia; por lo que el anciano agregó.

—Siento, señorita, haberos interrumpido pero tengo que dar algunas órdenes á mi guarda.

Era el Sr. Gerold el que hablaba así. Julia, que no lo habia visto hacia bastantes años lo reconoció por sus últimas palabras.

—Señor—tartamudeó ella—mi padre ha ido á Wittelsdorf. Yo no me atrevo á rogaros, que tengais la bondad de aguardarle: pero no tardará en volver.

—Tendremos mucho gusto en descansar aquí—repuso el Sr. Gerold—hemos dejado los carruajes en la selva bastante lejos de aquí, y hace una hora, que venimos paseándonos. Este ejercicio ha fatigado á mi hija y á sus amigas.

Las señoras entraban en este momento y delante de ellas la señorita Gerold. Era siempre la niña Berta de las mejillas color de rosa y de la cabellera rubia de Querubin: pero ahora tenia diez y seis años y parecia juiciosa. No era una belleza pero tenia una fisonomía dulce y expresiva, que la hacia muy simpática. Así que entró se acercó á Julia y le manifestó el gusto, que habia tenido, oyendo su música.

Julia cada vez mas cortada ofreció á las señoras sus mejores sillas y hasta el sillón

de su padre. Los señores se acomodaron como pudieron.

Hubo un instante de silencio, lo que hizo decir al Sr. Gerold.—Ya veis señorita, que todavía estamos poseidos de admiracion, y no hemos vuelto de nuestro asombro. Estamos tan sorprendidos, como si hubiéramos oido á nn Ruiseñor cantar una cancion pronunciando las palabras.

Estas espresiones fueron la señal de nuevos aplausos. Cada uno quiso dirigir sus alabanzas á la jóven, se le rogó volviese á tocar y ella lo hizo al momento. Le parecía más fácil ocuparse en este ejercicio, que entrar en conversacion con aquellas gentes. Su complacencia le valió nuevos aplausos. Berta quiso en seguida cantar una romanza francesa, y Julia la oyó con tanta atencion, que no solo retuvo la música, sino lo que es más aun las palabras de la romanza. Así es que luego que Berta dejó el piano, Julia volvió á ocuparlo, y repitió la cancion tan bien, que su canto obtuvo más aplausos que habia obtenido su música. Aquellas gentes dispuestas á la indulgencia, se persuadieron de que jamás habian oido una voz más flexible, más expresiva y más armoniosa.

—¿Sabeis el francés?—le preguntó Berta á Julia.

Sí, señorita; mi padre me lo ha enseñado; su madre era francesa.

Berta acababa de llegar de París, en donde su padre habia pasado muchos años, y la jóven tuvo mucho gusto en encontrar otra jóven, con quien hablar la lengua de Raci-

